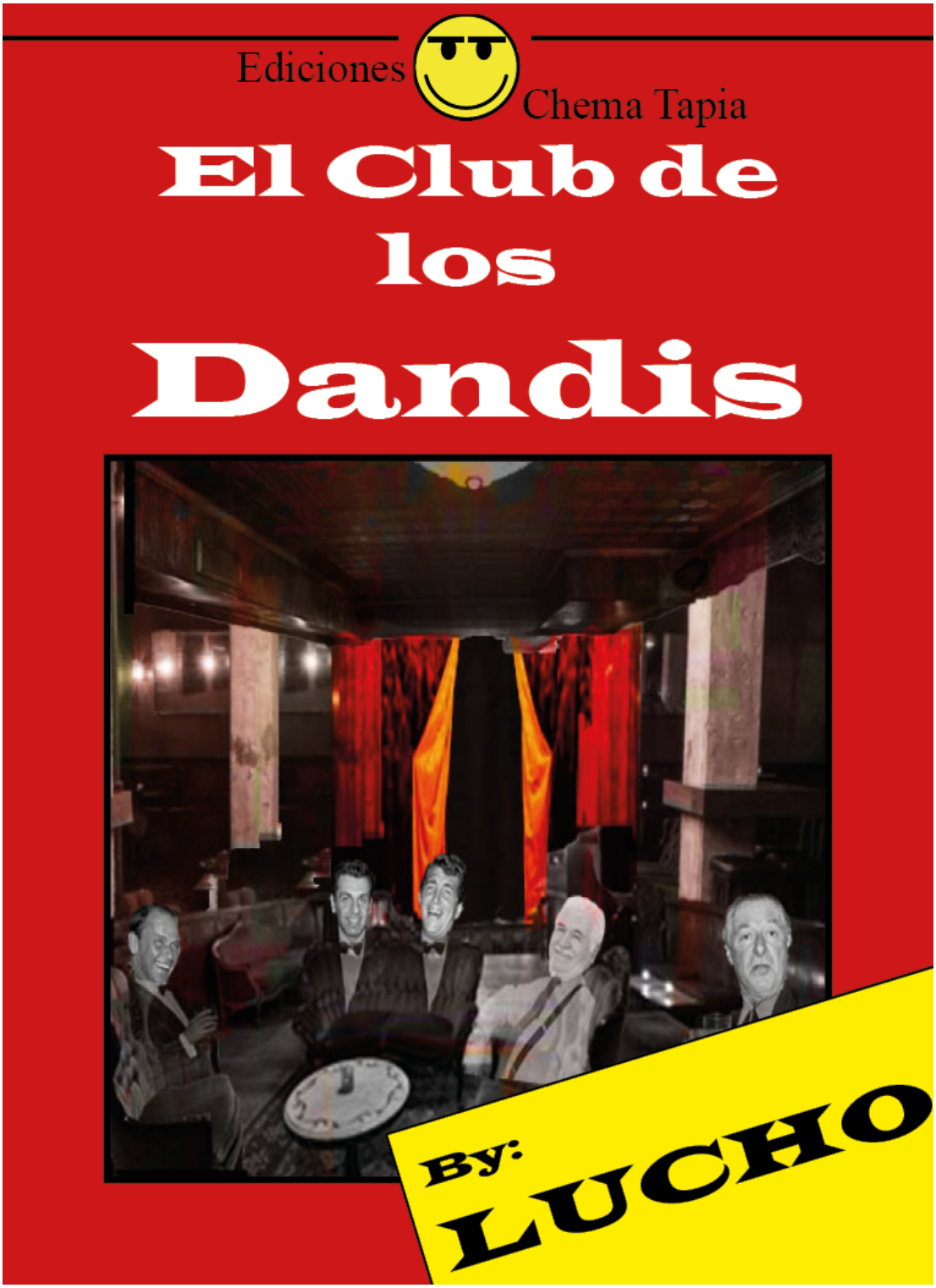
El Club de los Dandis

Joaquín Guillén



Capítulo 1

El Club de los Dandis

1

Para ese momento, yo confiaba ciegamente en Sansón. Lo hacía desde la última noche, fumando en la azotea, cuando le confesé que quería suicidarme y él me mostró las cicatrices de sus muñecas. Luego se rió, hizo un comentario estúpido acerca del tiempo y lanzó una piedra a la oscuridad. Entendí el mensaje: No estaba solo. Ya no más.

Él me enseñó a lanzarle piedras a los autos, a las personas o a lo que sea que me molestara desde la azotea. Me enseñó también el poder de la buena música, de Lou Reed y Bob Dylan, con sus guitarras y sus voces roncas. Confiaba en Sansón y por eso mismo es que esa tarde, cuando él se lanzó a correr a través de los callejones de la ciudad, yo lo seguí sin preguntarle a dónde se dirigía.

2

De rato en rato Sansón volteaba la mirada, solo para asegurarse de que yo le seguía el paso. Habían pasado más de treinta minutos desde que comenzamos aquella desenfrenada carrera y él todavía no evidenciaba signos de cansancio.

—Ya casi llegamos, solo un poco más —me alentó

Y yo, al verlo correr, recordé de pronto esa escena de Trainspotting en la que Renton escapa de la policía, cuando es golpeado por un automóvil y él le sonríe de forma sádica al conductor. Sansón tenía algunas cosas de Renton: el cabello rapado y rubio, la delgadez cadavérica, los pantalones rasgados, los polos sucios y la sonrisa sádica. No era la primera vez que se me ocurría compararlos. Con mayor razón en ese momento porque, aunque no tuviera razones para pensarlo, sentía que nosotros también estábamos huyendo de algo.

3

Llegamos a una especie de fábrica abandonada.

—Aquí es —dijo Sansón

La fábrica estaba ubicada en medio de la nada. Era un coloso de metal con una sola puerta de entrada y sin ventanas. Sansón se acercó a la puerta y la golpeó con los nudillos tres veces. Una pequeña ranura, ubicada en la misma puerta, se abrió al instante: Unos ojos nos estudiaron desde

adentro. Sansón sacó una especie de invitación de su bolsillo y se la mostró a quien quiera que estuviera del otro lado. La ranura se cerró. Acto seguido, nos abrieron la puerta.

4

—Sujétate de mis hombros —me advirtió Sansón antes de entrar, yo le obedecí—. Por nada del mundo te vayas a soltar

—De acuerdo

La oscuridad adentro del coloso era absoluta. Comprendí por qué Sansón me había pedido que me sujetara de sus hombros. Sin su guía, es seguro que me habría perdido nada más con cruzar la puerta.

Caminamos despacio y en línea recta. La atmósfera del lugar era húmeda. Y si acaso me sentía confundido con lo de la ranura y los ojos, con lo de las tinieblas, me sentí completamente desolado. No dejaba de preguntarme qué clase de sitio era ese y con qué objeto Sansón me había llevado.

—Tranquilo, esta es solo la entrada —me dijo él, como leyendo mi miedo—. Lo hacen así para despistar a los curiosos

Tenía razón. Tras andar unos pasos más, él se detuvo: había topado con una segunda puerta. Lo supe porque escuché los tres golpes sobre ella una vez más. Y entonces de nuevo una ranura, con los mismos ojos. Esta vez, Sansón no necesitó mostrar ninguna invitación. Abrieron nada más con vernos. Entramos, un ruido de violines empezaba a crecer desde el interior.

5

Era una especie de bar. Tenía un escenario al frente, una barra al costado y varias mesas a lo largo y ancho del salón —todo hecho de madera—. Pasee mí vista por cada rincón del salón y en cada lugar al que veía, había por lo menos un hombre elegante sonriendo. Sus risas, en conjunto, se sobreponían al sonido de los violines. Y estos hombres eran, en su gran mayoría, caballeros de más de cuarenta años vestidos con trajes costosos, fumando puros o tomando whisky en sus respectivas mesas. Todos muy felices, como en una reunión de amigos.

—Sansón, ¿qué es este lugar? —le pregunté en un susurro. No cabía en mi mente el hecho de que un chico como Sansón pudiera estar en una misma habitación con esos sujetos

—Ya verás. Ahora quiero que conozcas a unas personas —me respondió

Me condujo a una de las mesas, donde se encontraban cinco hombres. Nos recibieron alegres. Todos ellos, sin excepción, saludaron a Sansón con efusiva sorpresa.

—Cuando te vi en la programación, apenas pude creerlo —dijo uno de ellos, un hombre canoso de bigote

—Sí, volví con un amigo —dijo Sansón. Acto seguido, me empujó levemente hacía ellos para presentarme—. Él es Henry

—Buenas tardes —saludé tímidamente

—Hola, muchacho, bienvenido —dijo el hombre canoso de bigote

Los demás hombres en la mesa me tendieron sus manos respetuosamente y, uno a uno, yo los fui saludando. Me quede gratamente sorprendido por la manera en la que nos trataron. Seguía sin poder creer lo que estaba viendo: Un par de muchachos desaliñados hablando de tú a tú con un grupo de señores que vestían trajes costosos, fumaban puros y bebían whisky. Allá afuera, pensé, esto jamás sería posible.

Continuamos hablando por cerca de media hora. Nos invitaron a sentarnos, nos ofrecieron whisky. Yo acepté de buena gana, no tenía razón para rechazar su amabilidad. Me preguntaron de dónde era, qué estudiaba, si tenía hermanos, entre otras cosas. Yo respondí a todas sus preguntas con facilidad, el vaso de whisky me soltó la lengua más rápido de lo que había imaginado. Y ellos parecieron satisfechos con ello. Al cabo, un presentador salió al escenario y dio el primer anuncio.

—¿Primer anuncio para qué? —pregunté a la mesa

—¿A ti, Henry, te gusta el teatro? —me preguntó el hombre canoso de bigote

—La verdad, no entiendo mucho de teatro —respondí honestamente

—Es una pena porque el primer anuncio es justamente para una obra de teatro, una obra en la que nuestro buen Sansón actuará —dijo él, intercambiando una mirada con Sansón, que sonrió levemente

—La mejor obra que se ha escrito —complementó otro hombre

—¿Cómo se llama?, quizás la conozca —dije, pensando en Shakespeare

—No lo creo, esta no es una obra popular. Fue escrita por un hombre brillante, un genio dramático, hace ya mucho tiempo. Es la obra cumbre

del movimiento supra realista —empezó a decir el mismo hombre, pero entonces el hombre canoso de bigote lo interrumpió:

—Déjalo, William, es mejor que Henry lo vea por sí mismo y luego nos cuente que le parece —acotó

—Sí, es mejor que lo veas por ti mismo —se rindió finalmente el otro hombre

El presentador hizo el segundo llamado. Sansón se levantó de la mesa:

—Si me disculpan, ya se me hizo tarde —dijo él—. Tendría que estar tras bastidores preparándome —y agregó, dirigiéndole a los señores una venía con la cabeza—: Espero que disfruten la función de hoy, caballeros

Acto seguido, me tomó del brazo y me pidió que lo acompañe.

6

Nos sentamos en la barra. El sujeto que servía los tragos saludó a Sansón, él le devolvió el saludo y aprovechó para presentarme. Luego, de un momento a otro, empezó a hablarme de un tal Reinaldo. Me dijo que Reinaldo tenía los ojos azules y el cabello rubio. Me contó que eran colegas en eso del teatro, muy buenos amigos, y que a mí de seguro me encantaría conocerlo. Que regresaríamos a casa con él más tarde, iríamos a la azotea a lanzarle piedras a los autos y fumar. Continuó con el mismo discurso por un momento más: Reinaldo también tenía muchas ideas como las nuestras. Lo de Reinaldo en verdad era la música, como Reed o Dylan. Él solía tocar la guitarra en los trenes:

—Ya sabes, para pasar el sombrero y recolectar un par de monedas. Tendrías que ver lo rápido que se mueven sus dedos…

Un sujeto se aproximó hasta él y le avisó que ya no le quedaba más tiempo, que tenía que alistarse inmediatamente. Sansón asintió. En su rostro noté una pizca de tristeza, supuse que le habría gustado seguir hablándome de su amigo un par de minutos más. Confirme mi sospecha pues lo último que él me dijo, antes de levantarse de la barra y perderse tras bastidores, fue que Reinaldo era un tipo especial y que me iba a encantar conocerlo; que me lo iba a presentar esa misma noche, después del espectáculo. Asentí, le dediqué mi mejor sonrisa alcoholizada —tras la segunda copa de whisky— y le desee mucha suerte. Él también me dedicó una sonrisa, esa sonrisa sádica que tenía.

7

Volví a la mesa con los cinco señores. El hombre canoso de bigote se animó a hablarme un poco más de la obra —cosa que no había permitido

hacer al otro hombre, en su debido momento—. Me dijo, por ejemplo, que la obra trataba de la muerte, pero que trataba fundamentalmente de la vida, como todas las tragedias de la época. Un tercer hombre que hasta ese entonces no había dicho nada comentó que era la décima vez que veía la obra y que todavía no llegaba a descubrir la totalidad de su significado —así de profunda y basta era la pieza—.

—Ya verás —dijo el hombre canoso de bigote

El presentador salió, dio el tercer y último llamado. Acto seguido, se apagaron las luces y se iluminó el escenario.

8

La obra transcurrió, lenta y aburrida. Estaba ya por el tercer vaso de whisky cuando salió Sansón a escena. Hasta ese entonces la trama me había parecido lo más mediocre del mundo. No sé si se debía a que la obra era mala en sí, o a que yo no sabía nada de teatro —me incline por esta segunda opción—. Si había entendido bien, la historia era acerca de un grupo de amigos enamorados de la misma mujer. Uno de los amigos era Reinaldo, lo supe nada más con verlo: por sus ojos azules. Otro de los amigos era un chico árabe de ojeras enormes. El último era más bien torpe, demasiado alto y flaco. Ellos tres, junto con el personaje de Sansón, eran algo así como los mosqueteros. La mujer de la que estaban enamorados, una mujer bellísima, era blanca como el papel para calcar y tenía los labios pintados de rojo. También era un personaje raro. Prácticamente no tuvo diálogos en lo que duró la obra: llegue a creer que se trataba de una aparición o de una ninfa producto de la imaginación de los amigos.

Sansón hizo un papel formidable, era el mejor de los cuatro —o por lo menos el más creíble—. Los otros tres parecían, por momentos, sobreactuados. Y más aún Reinaldo, que hasta se olvidaba de sus líneas y, en el afán por sacar adelante la función, improvisaba notoriamente mal.

En el intermedio, les pregunté a los señores elegantes cuánto duraba la obra —tenía la sensación de haber pasado una vida sentado en esa silla—. Para mi sorpresa, ellos me dijeron que ya solo quedaba la escena final. Y así fue.

Tras diez minutos de receso, que aproveche para tomarme un cuarto vaso de whisky, las luces volvieron a apagarse. Los cuatro personajes principales salieron al escenario. Encima de ellos, como en un altar, estaba la mujer hermosa.

—Elegirá a uno —me atreví a comentar

—No, ella no —dijo una voz a mis espaldas. Todo estaba oscuro, no pude distinguir quién era el que me había contestado

9

La mujer bella, como un ángel sin alas, se elevó por el escenario. Los cuatro muchachos la vieron volar y yo, por un segundo, creí comprender el significado de la obra. Por supuesto, trataba del amor imposible. Ella no escogería a ninguno, se iría volando. Era un fantasma, una aparición, un ideal inalcanzable. Efectivamente, ella desapareció de escena por la parte alta del telón. Ellos se quedaron quietos, luego hicieron una fila a lo ancho del escenario y sacaron vendas de sus bolsillos. Desde ese preciso momento podría decirse que todo se puso muy extraño. Los cuatro se vendaron los ojos y empezaron a cambiar de lugares como ratoncitos desesperados. Y de pronto se detuvieron. Sansón terminó en el tercer lugar de la fila. Del cielo —o de la parte alta del telón— volvió la mujer hermosa: traía algo entre las manos.

—Seis oportunidades —dijo la voz de hace un momento, a mis espaldas—. Seis oportunidades… —repitió

¿A qué se refería? Cuando la mujer tocó el suelo, pude ver que lo que traía entre las manos era una pistola. Apuntó hacía un punto vació del escenario, al costado inmediato del primer muchacho de la fila. Hizo el ademán de disparar pero no se escuchó ninguna detonación.

—Cinco oportunidades —dijo de nuevo la voz

La mujer dio un paso al costado, poniéndose de cara al primer muchacho —el árabe ojeroso—. Volvió a hacer el ademán de disparar pero, una vez más, no se escuchó ninguna detonación. Entonces lo entendí —o creí entenderlo—. Fue como un baldazo de agua fría: se trataba de un sacrificio de ruleta rusa. Ella iría eliminando pretendientes hasta quedarse con uno solo, pensé. Y así fue que dio un segundo paso al costado; repitió el mismo procedimiento enfrente de Reinaldo pero el disparo, nuevamente, no salió.

—Tres oportunidades —dijo la voz

Era el turno de Sansón.

10

Ahora, cuando pienso en ese instante, no puedo evitar culparme por lo que sucedió. Antes de que la mujer diera el tercer paso al costado, mucho antes de que ella presionara el gatillo, yo ya sabía lo que iba a suceder. Tuve un presentimiento. Decidí ignorarlo, no dejaba de repetirme a mí mismo que aquello no era más que una obra de teatro —una demasiado

rara para mi gusto pero solo eso, al fin y al cabo—. Y me equivoqué.

La detonación del disparo retumbó en medio del salón, quebrando la atmósfera de silenciosa espera. Sansón cayó de espaldas sobre la madera del escenario como un costal de tierra. En ese momento aún no lo sabía. Las luces se fueron prendiendo suavemente y los hombres elegantes se levantaron de sus asientos para aplaudir. Hice lo propio, aún sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo.

Los otros tres muchachos, en el escenario, se quitaron las vendas de los ojos y pude notar que estaban llorando. ¡Qué escena más intensa!, recuerdo haber dicho. El hombre canoso de bigote me sonrió con complacencia desde su sitio, sin dejar por ello de aplaudir. Los demás de la mesa estaban tan emocionados como él, se leía en sus rostros la adrenalina que estaban sintiendo y no era para menos: el final había sido impresionante, casi hasta parecía real.

—¿Te gustó? — me preguntó el hombre canoso de bigote

—Sí, estuvo muy buena

—Quizás tú también puedas actuar uno de estos días

—¿Yo? —dije sonriendo— No creo, yo no soy actor

—Ese no es problema, ninguno de ellos es actor

—Pero han dado un espectáculo magnífico, en especial en la última escena

—Eso es cierto

—Y el dineral que les espera —dijo otro hombre

—Eso también es cierto —dijo el hombre canoso de bigote, sacando un puro de uno de sus bolsillos del saco y disponiéndose a encenderlo

Recuerdo que seguimos conversando por un rato más. Las luces ya estaban encendidas por completo y el ambiente volvía a ser el de antes de la función. Les prometí volver el próximo mes —ellos me comentaron que se realizaba la misma función todos los meses— y que, quizás, también me animaría a actuar.

Luego, la charla fue derivando poco a poco a otras cuestiones menos interesantes. Ellos eran, en su gran mayoría, hombres de negocios; por lo que su tema preferido eran las inversiones. Mientras hablaban de eso, yo los seguía con mudo asentimiento. Y así estuvimos por unos veinte o

treinta minutos, hasta que llegó Reinaldo.

11

—¿Eres Henry? —me preguntó

—Sí, Reinaldo —le dije sonriendo—. Sansón me habló de ti, estuvieron grandiosos esta noche —lo felicité

Él no dijo nada. La expresión de su rostro era terriblemente seria. Supuse que se detendría un momento para saludar a los hombres de la mesa, pero en lugar de eso me tomó de los hombros y me forzó a levantarme. No me dio tiempo para acabar mi vaso de whisky, mucho menos para despedirme de los señores elegantes. Tiró de mí hasta la puerta de salida.

—Reinaldo, ¿qué haces? —le dije, antes de que él abriera la puerta— Tenemos que esperar a Sansón

Él volteó a mirarme. No necesitó decir nada para transmitirme sus pensamientos.

—Tengo el dinero, de acuerdo —me dijo él—. Es lo que necesito para comprar la guitarra nueva y el pasaje a las grandes ligas. Tocaré en los bares, para comenzar, luego ellos reconocerán mi talento. Poco a poco, iré ganando fama. Podré vivir en un cómodo piso unos años sin tener que trabajar, dedicándome a mi música… eso es lo que quiero, eso es lo que necesito

—¿Reinaldo, por qué me dices esto?

—Para que comprendas por qué lo hacemos, para que comprendas por qué Sansón decidió venir, en primer lugar, y para que… — no pudo continuar, la voz se le quebró

—¿Reinaldo, qué pasó con Sansón? ¿Dónde está?

—Tenemos que irnos, Henry —dijo él gimiendo—. Tenemos que irnos y ya tú decidirás si es que algún día quieres volver. Yo ya no puedo, ya no puedo más. Van solo dos veces y para mí ya ha sido suficiente. Suficiente para las grandes ligas, para comprar mi oportunidad, mi nueva vida… y eso es todo, es suficiente para mí

Tiró de mí con brusquedad hacía la puerta: al oscuro pasadizo por el que había entrado con Sansón. Me sujetó del polo y caminó conmigo a cuestas, en línea recta —sin soltarme ni un segundo—. Luego llegamos a la puerta de entrada, él la empujó con fuerza y, en menos de lo que me di

cuenta, ya estábamos afuera.

12

Fue la última vez que lo vi en persona. Me dijo que eso era todo, supe entonces que ya no iríamos a ninguna azotea ni le tiraríamos piedras a ningún auto.

Años después, por la televisión, lo vi tocando una versión unplogged en los estudios de MTV. Era él, lo reconocí por sus ojos azules. Solo Reinaldo y su guitarra, en un escenario rodeado de personas. Antes de comenzar a tocar, esto fue lo que dijo:

—Quiero dedicarle esta presentación a un amigo muy querido que me dejó demasiado pronto —dijo él, pensé que entonces se quebraría, pero continuó—: Sansón, esto es por los sueños que nos arriesgamos a cumplir

Acto seguido, tocó una hermosa canción que hablaba acerca de un club de hombres que se divertían viendo morir a los jóvenes. Nadie en la cafetería me creyó cuando les dije que eso no era ninguna metáfora poética.

FIN